

Ya no tenemos a don Pedro

Creo que estas fueron las únicas palabras que pude oír en labios de doña Rosa; los sollozos ahogaron el resto. Me incorporé y pasé al cuarto contiguo a despedirme de un hombre con el que compartí algunos buenos ratos en mi vida. No sé que tiempo pasé allí de pie, pero un torbellino de imágenes y recuerdos sacudieron mi cabeza como queriendo rebatir una realidad cruda e infranqueable que yacía ante mí.

Don Pedro era un guarda forestal que dejará huella, una huella de humanidad en todos aquellos que le conocimos. Es imposible recordar su imagen, con el pelo cano, la boina calada y aquellos ojos limpios y brillantes, sin esbozar una sonrisa. Recuerdo aquel día que me reveló el secreto del "agua sucia", como un niño grande que te hace cómplice de una ruindad. Recuerdo su vitalidad, en sus bromas, en su risa aguda. A pesar de su edad, subía los escalones al salto, con una agilidad envidiable, que a veces no le evitaba algún batacazo; pero rebotaba del suelo como un trompo, sacudía el polvo del uniforme, lo estiraba de un golpe en el filo de la chaqueta, y vuelta a la carrera.

También recuerdo aquellas pateadas interminables por el áspero terreno de Las Cañadas, y su conversación amena y fluida, llena de anécdotas del pasado, de sus compañeros de Cuerpo y de sus jefes, o de la mezcolanza de datos leídos en sus queridos "Pulgas". Tan pronto me contaba como persiguió un cochino por toda La Laguna, como me preguntaba sobre el escarabajo que acabábamos de encontrar bajo una piedra. Don Pedro era un hombre profundamente inquieto, curioso y ávido por conocer aquello que le rodeaba. Su escuela fue la propia Naturaleza y muchos científicos que le visitaron, a quienes ordeñaba su saber. Escuchaba atento sobre cualquier cosa nueva que luego, al día siguiente, estaría contando y explicando a todos.

Caminando por los pinares, parecía un sabueso y descubría y recogía las setas con una pericia asombrosa. "Este es el *Boletus bis*"; "Este es de cuatro tenedores y, ¡ah!, con este salen unos bizcochos de chuparse los dedos". Porque don Pedro, aparte de conocerse las setas de nuestros montes como nadie, las preparaba de mil formas, a cada cual más exquisita. No cabe duda que muchas amistades las ganó don Pedro por el estómago, como bien hacen las buenas casamenteras. Disfrutaba viendo a la gente comer sus setas y cuando venían los merecidos elogios a su conocimiento y a sus guisos, o los de su mujer, se inflaba como un pavo feliz; creo que hasta se ponía de puntillas. Si alguien fruncía el entrecejo frente a una seta, ¡ay de él!, porque le explicaba los ciento y un peligros de comer setas, las que hacen efecto a los 15 días, y — cómo no —, el "sensibilizarse".

Un ser extrovertido, desprendido y profundamente comunicativo, como pocos he conocido.

Creo que jamás podré borrar de mi memoria aquellas noches interminables de trabajo en la Casa Forestal de Los Realejos; aquellos fuegos "sicológicos" que don Pedro encendía aunque no hiciera frío. Eso sí, siempre con leña de retama porque si era de pino, doña Rosa le peleaba. Creo que siempre llevaré la gratitud y admiración conmigo hacia este hombre singular, todo humanidad, que se nos ha ido de una manera tan violenta. Ya no tenemos Pedro, doña Rosa, pero tenga por seguro, que dentro del corazón de muchos de nosotros, seguirá existiendo un Pedro, para siempre.